

ellos: errantes y hambrientos, perseguidos y sin albergue, resolvieron implorar la clemencia de los vencedores y rendirse á ellos, si les concedían la vida. Tomada esta resolución, enviaron al rey de Méjico una embajada, compuesta de las personas mas respetables de la nacion, que fueron admitidas inmediatamente á la presencia del soberano. El personaje que llevaba la voz en aquella embajada imploró del rey Itzcoatl el perdon para sus compatriotas los tepanecas; le manifestó que estaban dispuestos á reconocerle por su legítimo señor, á servirle como leales vasallos, y á respetar sus disposiciones, si en virtud de lo que ofrecían, se les concedía la vida y se les dejaba volver á sus casas sin que nadie atentase en lo mas mínimo á su libertad.

El monarca mejicano, en cuya alma se albergaban los nobles sentimientos que enaltecen al hombre, respondió á los embajadores, que concedía á los vencidos todo lo que le pedían; que lejos de mirarles como á contrarios, les consideraría como hijos, si cumplían con lealtad su promesa; pero que seria inexorable con ellos si alguna vez faltaban á su juramento.

Los tepanecas reconocen por señor al rey de Méjico. Los tepanecas, mirando en las palabras del rey Itzcoatl la mas segura garantía de su vida y de su libertad, volvieron inmediatamente á la ciudad de Azcapozalco, donde se ocuparon ardientemente de reparar los estragos causados por la guerra.

Desde entonces aquella ciudad y los pueblos á ella próximos quedaron reconociendo para siempre, como soberanos, á los monarcas de Méjico. Pero no toda la nacion tepaneca entró en aquellos convenios. Muy al contrario. La

parte que no habia sido invadida se hallaba resuelta á combatir en caso de verse atacada. En esa parte que se mantenía dispuesta á resistir á quien tratase de someterla, se contaba el Estado de Coyohuacan, uno de los mas grandes de la nacion tepaneca, cuya principal ciudad, que llevaba el mismo nombre, se hallaba dispuesta á la defensa.

No pensó el soberano de Méjico, por entonces, en llevar la guerra hasta aquel punto. Había conseguido destruir á Maxtlaton y sujetar lo mas importante del reino, y se dedicó á dictar las disposiciones que estimó más acertadas para asegurar de una manera sólida á la corona de Méjico los pueblos que se habían sometido á su obediencia.

Itzcoatl premia á los que se distinguieron en la guerra, destierra á los que pedían la paz, y obliga á la plebe á que cumpla el pacto de servir á la nobleza. Su primer acto, despues de la victoria, fué premiar los señalados servicios que acababan de prestarle sus vasallos. Dió en propiedad á los jefes y nobles que se hicieron notables por su valor, su lealtad y su relevante proceder, así como al intrépido general Moteuczoma que se habia distinguido por sus heroicos hechos, una gran parte de las tierras conquistadas, recomendando que no se ofendiese en nada á los pueblos sometidos, y la otra parte la cedió á los sacerdotes para el sostenimiento del culto. Hecho esto, hizo comparecer á la plebe para que ratificase el convenio que habían celebrado al declarar la guerra á los tepanecas, de obligarse á servir á la nobleza, en caso de triunfo, así como él se habia ofrecido á ser sacrificado por el pueblo si la suerte era adversa. La plebe confirmó su promesa, y desde entonces se constituyó en sierva de la nobleza y del rey.

No se olvidó el monarca Itzcoatl de los indignos vasa-

llos que habian procurado con sus voces, lágrimas y clamores, desmayar el valor de sus soldados; y con el fin de evitar que se repitiesen en lo sucesivo actos semejantes, les borró de la nacionalidad mejicana y les hizo salir desterrados del territorio mejicano.

Dictadas estas y otras providencias de buen gobierno y de recta administracion, Itzcoatl volvió á Méjico con sus tropas, cargado de ricos despojos, con un número considerable de prisioneros, con no pocas cautivas, y llevando presos en medio de las filas de sus soldados á todos los ídolos de que pudo apoderarse el ejército vencedor.

Costumbre era entre aquellas naciones capturar los dioses de las ciudades vencidas y llevarlos prisioneros para encerrarlos en una prision hecha expreso. Se creia que de esta manera se les privaba á los enemigos del favor de sus deidades, á las cuales juzgaban al mismo tiempo rivales de las suyas.

Cada provincia tenia sus ídolos particulares, y estaba persuadida que únicamente los suyos eran sus protectores.

En Méjico, la prision destinada á las prisioneras deidades se hallaba junto al templo de *Huitzilopochtli*. Era una cárcel de notables dimensiones donde cabian muchos millares de ídolos.

El monarca Itzcoatl fué recibido con entusiastas aclamaciones de la más viva adhesion.

El triunfo obtenido sobre los tepanecas, y la sumision de una gran parte de los pueblos de éstos á los monarcas mejicanos, se celebró con extraordinarios regocijos públicos, manifestando su gratitud á los dioses con el sacrificio de algunos prisioneros.

Conducta leal  
observada  
por el monarca  
mejicano  
Itzcoatl con el  
príncipe  
Nezahualcoyotl.

El rey de Méjico, despues de haberse ocupado activamente del arreglo de los negocios públicos, envió sus tropas en auxilio del príncipe Nezahualcoyotl para sujetar algunas ciudades que aun se mantenian rebeldes en el reino de Acolhuacan, en cuyo trono anhelaba ver sentado al valiente príncipe, á quien por derecho le correspondia.

La conducta de Itzcoatl ha sido, con justicia, ensalzada por todos los que se han ocupado de darla á conocer, figurando, entre ellos, el discreto y sabio mejicano Clavijero, uno de los literatos que mas han ilustrado, con sus luminosos escritos, la historia antigua de Méjico.

Elogian, y repito que con justicia, el noble empeño de ponerle en posesion de la corona arrancada de la frente del rey su padre, cuando podia haber pretextado derechos legales para ceñírsela á sus propias sienes. «Tezozomoc—dicen—dió á Chimalpopoca, rey de Méjico, el señorío de Texcoco, sobre cuya ciudad mandó como señor absoluto. Itzcoatl, heredero de todos los derechos de su antecesor, podia considerar aquella ciudad como incorporada mucho tiempo antes á la corona de Méjico. Habiendo conquistado además la ciudad de Azcapozalco, y sometido á los tepanecas, parecia justo que se apoderase de los derechos de los vencidos, tanto mas, cuanto que tenian en su favor una posesion de doce años y el consentimiento de los pueblos.»

No se puede negar la verdad de esos hechos; pero el proceder de Itzcoatl, rey de Méjico, no hubiera correspondido al que el honor prescribe á un hombre honrado,

si se hubiera separado una sola línea de la pauta de conducta que se trazó al proponerse obrar de la manera leal con que obró. Itzcoatl tenía presente que el señorío dado por el usurpador Tezozomoc á Chimalpopoca era en premio del auxilio que le había importado para derrocar al padre de Nezahualcoyotl, despojando á éste de sus sagrados derechos al trono de sus mayores; que este señorío, debido al favor de un usurpador, era ilegal, como era ilegal todo lo que procedía del acto de una usurpación, y que, en consecuencia, no podía cambiar de condición un señorío de origen infame, con solo pasar al sucesor del que lo recibió de un usurpador. Además, Nezahualcoyotl le había enviado, en los momentos en que los tepanecas amenazaban á Méjico, una gran parte de sus tropas para combatir contra el tirano Maxtlaton, y hubiera sido injusto corresponder con una ingratitud al hombre que le había ayudado á destruir el poder del enemigo más implacable de los mejicanos.

Itzcoatl, obrando como correspondía á la nobleza de un rey que no quiere manchar este título augusto con acción ninguna indigna de la grandeza real, se propuso colocar en el trono de Acolhuacán al príncipe Nezahualcoyotl, á quien por derecho pertenecía, y puesto de acuerdo con él, se unieron con sus tropas en Chimalhuacán para someter á la obediencia á varias ciudades que aun se mantenían rebeldes contra el legítimo heredero.

La primera ciudad que se propusieron atacar fué Huexotla, próxima á Texcoco, donde su orgulloso señor, llamado Huitznahuatl, se mantenía resuelto á permanecer rebelde.

En el instante en que el rey de Méjico se puso en camino para unirse á Nezahualcoyotl, los habitantes de Coyohuacán, creyendo oportuno manifestarse abiertamente contra él, aprovechándose de su lejanía, empezaron á excitar los ánimos de los tepanecas, aconsejándoles que sacudiesen el yugo de los mejicanos. Era Coyohuacán la principal ciudad del Estado del mismo nombre; uno de los mas grandes del reino tepaneca, y que, como dije al hablar del sometimiento de Azcapozalco, no quiso quedar sujeto á la corona de Méjico. Al llamamiento de los coyoaneses acudieron algunas ciudades, también tepanecas, como Atlacuihuayan y Huitzilopochco; pero la mayor parte de los pueblos permanecieron quietos, temiendo sufrir el mismo castigo que el terrible que sufrió Azcapozalco. Los coyoaneses, despreciando á los pueblos que se manifestaban tímidos, y creyéndose suficientemente fuertes con los que se les habían unido, empezaron á manifestarse insolentes con los mejicanos que, obligados por negocios de comercio, llegaban á Coyohuacán. Deseando provocar una guerra en aquellos momentos en que el monarca mejicano se dirigía á la campaña de Huexotla, los habitantes de Coyohuacán insultaban á las mejicanas que iban al mercado, así como á los mejicanos que pasaban por el camino ó la ciudad. Las quejas de sus vasallos llegaron á oídos del rey de Méjico, pero precisándole concluir la guerra contra los de Huexotla, disimuló, por entonces, los desmanes cometidos por los coyoaneses, aplazando para mas tarde el severo castigo que pensaba aplicarles.

Deseando, sin embargo, que éste se verificase en el

plazo mas breve posible, activó la campaña de Huexotla, y dispuso todo para terminarla felizmente.

Reunido, como he dicho, con Nezahualcoyotl en Chimalhuacan, aprestaron sus tropas para atacar la ciudad. Listo ya todo para el ataque, enviaron una embajada á Huitznahuatl, señor de la poblacion, diciéndole que, si la ciudad se ponía á disposicion de su legítimo soberano, los habitantes serian perdonados por su pasada falta; pero que, si hacia resistencia, seria entregada á las llamas y castigados severamente cuantos en ella habia.

La respuesta de Huitznahuatl fué salir al encuentro de las tropas reales, en forma de batalla, provocándolas al combate.

Conquista de Huexotla por el rey de Méjico y Nezahualcoyotl. La accion se trabó á los pocos instantes y los rebeldes fueron completamente derrotados, siendo hecho prisionero su caudillo por el valiente general Moteuczoma.

Los habitantes de la poblacion salieron entonces pidiendo perdon humildemente, presentando al vencedor, como era costumbre en aquellos pueblos, sus mujeres embarazadas, sus tiernos hijos, sus ancianos y sus enfermos.

Los dos egregios personajes, llenos de magnanimidad, les ofrecieron el perdon, y dueños de la ciudad, que reconoció por su rey á Nezahualcoyotl, se ocupó éste de dar las disposiciones necesarias para el buen arreglo y marcha de la poblacion.

Libre el rey de Méjico de las atenciones de la campaña de Huexotla, sólo pensó ya en marchar sobre las poblaciones tepanecas que le habian provocado á la guerra insultando á sus vasallos, y se propuso atacar primero á

la ciudad de Coyohuacan, que habia sido la excitadora á la lucha. Creyendo así él como Nezahualcoyotl, que con las tropas mejicanas y acolhuas era bastante para alcanzar el triunfo sobre los enemigos, que uno y otro pudieran combatir, licenciaron las legiones tlaxcaltecas y huexotzincas, dejándolas llevar una gran parte del botin cogido en Azcapozalco y otros puntos, y el ejército mejicano y el acolhua, unidos, marcharon sobre Coyohuacan. Los rebeldes se prepararon al combate, y los jefes de esta ciudad, así como los de Atlacuihuayan y los de Huitzilopochco, reunieron sus fuerzas, que eran respetables por su número y por su calidad.

Conquista de Coyohuacan y de otros pueblos por los mejicanos y acolhuas. El monarca mejicano Itzcoatl y el intrépido Moteuczoma iban al frente de sus tropas. El encuentro de los dos ejércitos contrarios fué terrible. Por tres dias se renovó la batalla, sin mas intermedio que las noches, sin que las tropas reales alcanzasen ventaja alguna considerable.

Ardid de Moteuczoma y sus hazañas. Puede decirse que fueron tres batallas interrumpidas únicamente por algunas horas. Durante la noche que debia preceder á la cuarta, Moteuczoma emboscó una fuerza de escogidos guerreros en un punto conveniente, quedándose allí á la cabeza de ellos. Trabada la lucha por la cuarta vez con más ardor que nunca por ambas partes, la victoria se mantenía indecisa, sin atreverse á declararse por ninguno. En medio del ardor de la pelea, y cuando los brazos no se ocupaban más que de herir y de matar, salió de repente Moteuczoma de la emboscada, como sale el rayo de la preñada nube, y lanzándose por la retaguardia del enemigo con la velocidad